

CAPITULO II.

María en las predicaciones de su Hijo.

Luego que el Evangelista San Juan nos ha dado cuenta del milagro obrado por Jesucristo á ruegos de su Madre en las bodas de Caná de Galilea, del que nos ocupamos en el capitulo XIII, y último de la segunda parte, y el que nos ha servido para hacer consoladoras reflexiones sobre lo mucho que podemos esperar de la Madre de Dios y de los humanos, continúa su narracion de este modo: «Después de esto, se fué (Jesus) á Capharnaum, con su Madre y sus hermanos¹, y sus discípulos y estuvieron allí muchos días.» En seguida nos habla del primer viaje que hizo Jesucristo á Jerusalem, pocos días antes de la Pascua, donde arrojó á los vendedores del templo, empezando el curso de su divina predicacion y confirmando con milagros su celestial doctrina. Creemos que la Santísima Virgen no acompañó al Señor en este viaje, toda vez que ocupándose el sagrado Texto de explicar todo lo que hace relacion á la sublime enseñanza del Salvador, á sus curaciones maravillosas, á la persecucion del Bautista en la Judea, á la eleccion de los doce Apóstoles, y otros puntos, no de menos interés, nada nos dice de María.

El Salvador volvió á Capharnaum donde á la sazón se

¹ Debemos advertir que los Hebreos llamaban hermanos á todos los parientes, y en este sentido debe entenderse esta palabra, pues sabido es que la Santísima Virgen no tuvo mas hijo que el Salvador.

hallaba su Madre y sus parientes. Se comprende por la esplicacion de la narracion evangélica que antes de ver Jesucristo á la Santísima Virgen entró en una casa donde empezó á predicar: una multitud ansiosa de escucharle habia acudido, y de tal suerte que no solamente estaba llena la casa, sino hasta las avenidas. María, pues, no pudo hacerse paso para llegar hasta su Hijo, pero hubo de suplicar á alguno le noticiase su llegada, ó tal vez la vió uno de los que estaban mas inmediatos al Señor, puesto que en el momento en que estaba reprendiendo á los escribas y fariseos que le pedian un milagro para creer en él, le interrumpió uno diciendo: «Mira que tu Madre y tus hermanos, están fuera y te buscan.» Nadie duda del extraordinario amor de Jesucristo para con su Madre: esto no obstante, como quiera que se hallaba ocupado en el desempeño de la altísima mision, que segun los decretos de la Trinidad Beatísima debia desempeñar entre los hombres, y que tan necesaria era para la regeneracion y salvacion del mundo, contestó de este modo al que le habia interrumpido: «¿Quién piensas que es mi Madre, y quienes mis hermanos?» Y mirando á los que le rodeaban; «hé aquí, dijo, mi madre y mis hermanos. Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la guardan. Cualquiera que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi pariente, mi hermano y mi madre.» Si bien esta contestacion del Salvador, dá á comprender suficientemente á los sacerdotes que ni los afectos de la carne y de la sangre deben retraerlos del exacto cumplimiento de las funciones propias de su ministerio, dá tambien materia á serias é importantísimas reflexiones que atañen á todos los fieles, y de las que nos ocupamos en nuestra *Historia de Jesucristo*. Aqui tan solo recordaremos al piadoso lector, con las mismas

palabras del Señor que acabamos de citar, que el que es obediente á la divina ley, merece ser llamado hermano de Jesucristo. Título hermoso, y más digno de aprecio que cuantos puede ofrecer el mundo.

Luego, pues, que el Salvador hubo concluido su enseñanza salió en busca de María, á la cual no dejaba nunca de tributarle los homenajes y el honor que exigía su cualidad de Madre. Muchos de los que allí se hallaban estaban tristes porque no habiendo podido penetrar en la casa donde Jesucristo habia predicado, se habian privado de escucharle. Entre ellos habia muchos que espresamente habian venido de diversos lugares con el solo objeto de oírle. El divino maestro determinó hacerse oír de nuevo pero en otro lugar donde pudieran ser satisfechas las ansias generales. Así pues dirigióse con sus discipulos á la orilla del mar: la concurrencia era numerosísima, y el Salvador necesitaba colocarse en parte donde todos pudiesen verle y oírle. Así, pues, entró en una pequeña barca, la que convirtió en cátedra sagrada, dirigiendo desde ella sus instrucciones á las gentes que le escuchaban desde la ribera. No dice el Evangelio si María asistió á este Sermon, pero Orsini que se inclina á la afirmativa se explica de este modo: «La Virgen confundida entre la multitud, pero profundamente atenta, escuchó en religioso silencio la parábola del sembrador. Los nazarenos asombrados por la elocuencia irresistible, y la dignidad sobrehumana de Jesucristo, se preguntaban sorprendidos, si era verdaderamente el Hijo de María: experimentaban el género de fascinacion que se apodera de la serpiente de los desiertos de América cuando oye en el fondo de los bosques una suave música que la atrae. Ellos habian venido con la presteza del miedo, con la facundia del egoismo, con la arrogancia de la superioridad, para

»apartar á Jesucristo de su misión, espuesta y peligrosa; y »flaqueaban á su simple mirada, hasta el punto de no atreverse á abrir su boca en su presencia. Esto es lo que indica claramente el testo de San Marcos, quien despues de habernos iniciado en sus intenciones hostiles, en ninguna parte dá á entender que se atreviesen solamente á hablar á Nuestro Señor!»

Cúmplenos á nosotros fijar la vista no en aquella multitud que admirada y en el mayor recogimiento escuchaba las instrucciones del Salvador, sino en la Santísima Virgen María, que era entre todos los oyentes la que mas atención habia prestado á las palabras de vida eterna proferidas por los divinos lábios de su Santísimo Hijo. ¡Cuán diversos debian ser en aquellos momentos los afectos de su corazón! Se llenaría de regocijo al ver al amado de su alma, haciendo pública demostracion de su celestial sabiduría y divinidad: pero al mismo tiempo, diversos motivos contribuian necesariamente á turbar aquel regocijo y á llenarla de tristeza. En primer lugar, Jesucristo habia empezado á desempeñar el altísimo misterio de su predicacion; luego iban á empezar sus contradicciones y á pasos agigantados se acercaba el completo cumplimiento de aquel fatídico vaticinio del anciano Simeon, que no habiéndose apartado un momento de su imaginacion venia siendo para ella un tormento desde el dia mismo en que le oyera pronunciar. Por otra parte, si bien la doctrina celestial y divina que su Hijo empezaba á enseñar al mundo, para sacarle de las tinieblas de la ignorancia en que se hallaba envuelto á la clara y refulgente luz de la verdad, habia de hacer grandes prodigios verificando un cambio radical en las leyes, los usos y costumbres de los

1. Orsini. Obra citada, cap. XV.

pueblos, habia de ser confesada y sellada con la sangre de multitud de esforzados mártires: si millares de confesores ilustres y santas Virgenes habian de mirar con desprecio todas las cosas de la tierra por seguir tan santa doctrina y ganar á Jesucristo, presentábase á la privilegiada imaginacion de la Virgen-Madre la ingratitud y perfidia de otra multitud de hombres, que semejantes en su ceguedad y obstinacion á los hijos de Israel, habian de preferir las tinieblas á la luz, volviendo las espaldas al divino Redentor que por un efecto de su caridad infinita habia descendido del cielo á la tierra por nosotros y por nuestra salud. ¿Y cómo no habian de atormentar su amante corazon estos pensamientos? Empero contemplar debemos ahora no solamente su dolor por las futuras contradicciones de su Hijo é ingratitud para con él, sino tambien por las que va á empezar á experimentar por parte de los mismos nazarenos.

No podia ignorar el Salvador el poco fruto que habia de sacar de su visita en Nazareth: esto no obstante determinó permanecer por algun tiempo entre sus paisanos y acompañado de sus discípulos se dirigió á aquella ciudad, en la que tantos años habia vivido. Todos los sábados se presentaba en la sinagoga, donde leia y esplicaba las Escrituras, admirando á todos cuantos le oian por su sabiduría y admirable doctrina. Ya habia obrado el Señor algunos milagros á mas del de las bodas de Caná, antes de entrar en Nazareth; y ciertamente no lo ignoraban los nazarenos, que ahora se pasman al escuchar su voz. Sin embargo, ni sospechaban que Jesus era el Mesías prometido: aquel por quien tanto habian suspirado; el enviado por Dios para salvar al mundo. Hablaba cual ningun hombre habia hablado hasta entonces, demostraba una sabiduría superior á la de los mas aventajados doctores, pero recordaban que era hijo de Ma-

ria y de José el carpintero, y este recuerdo era suficiente para que no creyesen en su mision divina, los que groseros y carnales creian que el Mesías debia presentarse rodeado de fausto y esplendor, como correspondia al que habia de reinar sobre ellos.

Entre tanto, hubo para María consuelos y trégua en la afliccion que causaba á su corazon amante la proximidad del cumplimiento de la profecia de Simeon: se hallaba de nuevo en compañía de su Hijo: le veia morar bajo su mismo techo, en el mismo local donde por espacio de tantos años le habia prodigado sus cuidados: le volvía á contemplar de nuevo tan de cerca, y podia servirle como antes, en lo que encontraba la Señora sus mayores delicias. Llena de fe y ansiosa por la gloria y el honor del Salvador, asistia con el mayor recogimiento á la Sinagoga, donde escuchaba la celestial doctrina que salia de sus purísimos y divinos lábios, y al escuchar las públicas alabanzas de los nazarenos, su corazon rebosaba en las mas dulces expansiones de amor. Pero cuán poco tiempo duró aquella trégua! ¡Cuán breves fueron aquellos dias de consuelo y gozo para la bendita Madre de Dios! Los hijos de Nazareth, que habian empezado por admirarse de la doctrina de Jesucristo y colmarle de alabanzas y bendiciones, como acabamos de decir, acabaron por escandalizarse de sus palabras, convirtiéndose en sus mas encarnizados enemigos. Llenos de orgullo y no queriendo ya recibir lecciones del Hijo del carpintero, levantaron contra él una persecucion espantosa: no contentos con volverle las espaldas y despreciar su doctrina, le rodean un dia y á viva fuerza le conducen á la cresta de un elevado monte con el criminal objeto de precipitarle hácia un abismo, cosa que hubieran llevado á cabo si el Salvador no se hubiera escapado de sus manos, haciendo uso de su

Omnipotencia. Nazaréth, pues, no era digno de tener por mas tiempo dentro de sus muros al que beneficios sin cuento le habia dispensado : habia cerrado sus ojos á la luz de la verdad y debia quedar envuelto en sus tinieblas. Jesus se dirigió de nuevo á Capharnaum, abandonando el pueblo ingrato. María que ya habia sido bautizada por su Hijo en las orillas del Jordan, segun dice Orsini refiriéndose á Eutimio, abandonó su casa de Nazareth, con objeto de seguir á su Hijo en sus viajes. ¡ Cuántos sinsabores va á costarle esta determinacion ! Va á presenciar las grandes contradicciones que ha de experimentar : y si bien presenciara sus prodigios admirables, con los cuales dará á conocer su divinidad, tambien tendrá el desconsuelo, de ver la perfidia con que tergiversarán sus palabras ; la malicia con la que le dirigirán preguntas con el objeto de perderle por sus mismas respuestas, y la maldad con que le despreciarán los que han de atribuir no á virtud divina, sino á virtud de Satanás los milagros con que confirmará su doctrina. Grandes van á ser los padecimientos del mansísimo Cordero de Judá ; extraordinarios sus trabajos, pues va á empezar para él una era de persecuciones que al fin le conducirán al Calvario donde entregará su vida en el patíbulo de los delincuentes. Nada de esto es oculto á la privilegiada inteligencia de la Santísima Virgen, pero dotada de un alma grande y generosa, heroica mas que todas las mujeres célebres, cuyo elegio ha quedado consignado en las páginas de la Escritura Santa ; intrépida mas que Judith, y mas llena de fortaleza que la madre de los Macabeos, se dispone á seguir los pasos de su divino Hijo : entre una Madre como María y un Hijo como Jesus, todo debia ser comun, el gozo y la tristeza, la alegría y los padecimientos : el extraordinario amor que mutuamente se profesaban, puede decirse que habia hecho de sus

dos almas una sola : no podia por lo tanto padecer el Hijo sin que padeciese la Madre.

No vamos á seguir paso á paso al Salvador en sus predicaciones, como lo hemos hecho en nuestra Historia de su vida, porque ahora cumple á nuestro propósito tocar tan solamente aquellos hechos en los cuales podamos ver y contemplar los grandes méritos y las relevantes virtudes que adornaron á la Virgen sin mancha que es el objeto de esta obra. ¡ Sublimes lecciones las que vamos á estudiar ! ¡ Plugue al cielo que no siendo estéril nuestro trabajo, ellas se graben en el fondo de nuestro corazon, para que nos utilicemos de tan divina enseñanza !

Vamos pues á contemplar las grandes aflicciones de la Santísima Virgen, cuando en los últimos tiempos de la predicacion de su divino Hijo, empezaron á ser mayores las contradicciones y persecuciones que le llevaron despues al monte del Sacrificio.